

# UNA DÉCADA DE VIDA ECONÓMICA

*Frank A. KNAPP, JR.*

EL SEGUNDO TOMO de la *Historia moderna de México* es la primera monografía completa que se ha escrito hasta ahora acerca de la economía de México durante el período de la República Restaurada, de 1867 a 1876. Para apreciar en su debido valor los méritos de investigación que supone este trabajo, es preciso recordar que el método moderno de tratar la historia económica consiste, en gran parte, en tomar una amplia masa de datos estadísticos, seleccionarlos, disponerlos de manera lógica e interpretarlos en forma narrativa, dentro del marco político y social de la época de que se trate. Ahora bien, el autor de esta *Vida económica*, como leemos en la introducción de don Daniel Cosío Villegas (“Segunda llamada particular”), ha emprendido su tarea sin disponer de fuentes adecuadas o fidedignas, que reunieran en forma científica los materiales que habían de estudiarse. Las estadísticas mexicanas, si acaso existían, se hallaban en un estado apenas embrionario durante la década de la República Restaurada. Y éste es sólo uno de los muchos obstáculos a que tuvo que hacer frente don Francisco R. Calderón; tanto más admirable es su labor, obra de pionero; ha realizado su propósito con denuevo y nos ha entregado una síntesis histórica excelente.

La manera como ha organizado sus materiales es uno de los aspectos básicos de su trabajo. Las tres partes en que éste se divide —estudio general de la economía del país; los antecedentes y la evolución de la hacienda pública y del crédito; la promoción del desarrollo económico a través de las obras públicas— se ajustan a una ordenación tan lógica, que se evitan casi por completo las repeticiones y las referencias cruzadas dentro del texto. La desenvoltura con que se concatan los capítulos y las distintas subdivisiones es un logro

magnífico, pues se han integrado en una unidad gran número de informes dispersos y fragmentarios. Y no es una historia escrita sólo desde el punto de vista del centro político de la nación: en cada una de las partes se dedica buen espacio a la economía y a la hacienda regionales. El plan general de la presentación proviene, en cierta forma, de las *Tres monografías* de Pablo Macedo, pero la analogía no va más allá.

Podrían hacerse elogios incondicionales de cada aspecto de este estudio. La primera parte es un limpio corte transversal; su propósito es, ante todo, dar al lector una idea de la economía mexicana y de sus problemas en 1867 y de su evolución durante los diez años siguientes. La tercera parte considera un asunto muy trillado, las concesiones y construcciones de ferrocarriles, pero lo hace con una exhaustividad totalmente nueva, relacionándolo con la cuestión de las obras públicas, como el desagüe del Valle de México, los telégrafos, la construcción de caminos y los proyectos de puertos y canales, que son aspectos mucho más olvidados.

La parte intermedia, "La hacienda pública", supera a las otras dos en cuanto contribución positiva a la historia mexicana. Nunca se había llevado a cabo una descripción tan lúcida, y en forma tan accesible y tan interesante para el lector, de los ingresos estatales y federales, de las reformas e innovaciones fiscales y de los problemas administrativos. El breve estudio de la deuda exterior e interior de México desde los orígenes hasta la República Restaurada sobrepasa en claridad y concisión a una multitud de intentos análogos, desde Lucas Alamán, Manuel Payno y Matías Romero hasta autores modernos como McCaleb y Turlington. Y el análisis de las reformas fiscales de Matías Romero, una de las medidas más decisivas y clarividentes de la época, se hace de manera verdaderamente inspirada. Las reformas de Matías Romero, demasiado avanzadas para su época, pusieron las bases de un equilibrado sistema de ingresos internos. El autor de este libro las admira, como es justo, pero, con todo, mantiene una actitud desapasionada cuando interpreta las causas de su fracaso inmediato (véase en especial la p. 394).

La insistencia en el campo de la hacienda pública le hace poner de relieve un aspecto muy descuidado, pero esencial para entender adecuadamente la historia del México independiente. Características de casi todas las administraciones mexicanas anteriores a la de Porfirio Díaz fueron un estado continuo de bancarrota, la nulidad del crédito gubernamental, las erogaciones deficitarias mediante préstamos forzosos, el incumplimiento en el pago de deudas y la confiscación de las propiedades privadas, causa y efecto todo ello de la inacabable serie de revueltas y pronunciamientos. En un breve lapso se sucedieron rápidamente en el poder las más diversas ideologías políticas —desde el federalismo hasta la monarquía—, y sus caudillos respectivos; pero ninguno de éstos fue capaz de implantar la condición indispensable de la estabilidad política: un sistema fiscal inteligente. Matías Romero, que puso cierto orden en la caótica situación de la hacienda pública y planeó un sistema de ingresos exento de la corrupción absoluta que pesaba sobre las rentas provenientes de los impuestos aduanales del comercio exterior, merece llamarse el padre de la moderna estructura fiscal de México.

Aunque la parte dedicada a la hacienda pública es extraordinariamente detallada y abarca casi todo lo relacionado con la cuestión fiscal, adolece de algunas lagunas importantes. Nada se dice de la primera implantación de la ley del timbre ni de los problemas administrativos que surgieron al pasar del papel sellado a la ley del timbre; tampoco se tocan —o se tocan muy ligeramente— temas como la evasión del pago de impuestos, la actitud del contribuyente y las pérdidas causadas por los impuestos no pagados. Nunca llega a hablarse de las sanciones aplicadas por el Estado en relación con el fraude o la violación de la ley fiscal. Los materiales son muy escasos, desde luego, pero habría sido extraordinariamente valioso para los futuros investigadores una idea global del autor sobre este asunto.

Un acierto más en el planteamiento general de la obra es la forma en que se trata el pensamiento económico de la época. Ahorrándole al lector una disquisición larga y tediosa,

Calderón entreteje este tema en las distintas secciones, relacionándolo directamente con problemas prácticos y concretos. La teoría económica de esos años, tal como se nos muestra a través de los debates del Congreso, de los informes sociales y de los artículos editoriales —según que defendieran el comercio libre o el proteccionismo, o que hablaran sobre la equidad y los principios de la fijación de los impuestos—, esta teoría económica va siempre directamente ligada a los problemas de las cédulas arancelarias, las concesiones para la colonización y para los ferrocarriles y los distintos proyectos fiscales.

Con escasas excepciones, es excelente el empleo de los datos estadísticos en que se apoya el texto. No se trata de una simple colección de gráficos, esquemas, cifras, porcentajes y tabulaciones complicadas. Con frecuencia hay materiales de este tipo, pero es siempre con un propósito, con anotaciones acerca de su validez e integridad y, sobre todo, con una interpretación de su significado. Mencionemos algunos de los valiosos datos estadísticos que se nos ofrecen: un cuadro de los ingresos totales del gobierno en relación con los ingresos por concepto de impuestos exteriores en 1867-1877 (p. 263); una serie de tablas que presentan en forma ordenada las confusas condiciones que prevalecían en la deuda exterior y en la interior (pp. 231-235); una preciosa lista de los ingresos y egresos de los veintiséis Estados de que constaba entonces la República, considerando un año representativo del período en cuestión (p. 314); las interesantes tarifas para las rutas de diligencias entre las principales ciudades (pp. 604-606), y un cuadro comparativo de las propuestas hechas en 1873 por tres compañías ferrocarrileras distintas, y cuya elocuencia objetiva es tal, que no podría sustituirse con ningún texto (p. 734). En algunas ocasiones se insiste demasiado en las cifras, hasta el punto de hacer confusos los aspectos esenciales de un tema. Ejemplos de ello son las minuciosas descripciones relativas al impuesto sobre las minas, las propuestas y contrapropuestas entre el gobierno y los agentes de los accionistas extranjeros, el análisis de los presupuestos anuales y las listas

mecánicas de todas las estipulaciones de un alud de concesiones ferrocarrileras. Sin embargo, hay que decir que rara vez pierde el autor la facultad de sintetizar, y que casi nunca queda abrumado por su propio afán de exhaustividad en la recolección de datos estadísticos.

El estilo es, ciertamente, uno de los aspectos más excepcionales de esta *Vida económica*; es lúcido y fácil, y tiene el encanto de la sencillez. No obstante el empleo de tecnicismos relativos a la fijación de contribuciones y aranceles, a los presupuestos, a la deuda pública, a la teoría económica y a la estadística en general, hay que reconocer que, a lo largo de las 750 páginas del libro, no llega a decaer el interés ni se hace difícil la lectura. Hay ciertos pasajes que no son sólo informativos, sino que ofrecen una positiva fascinación, como las páginas en que se habla de la utilización de las monedas mexicanas en el lejano Imperio chino. Lo mismo hay que decir de muchos otros pasajes: el papel que desempeñaba el arriero en el transporte de la carga; los procedimientos que se empleaban para la extracción y fundición de los metales preciosos; la manera como funcionaban las casas de moneda; el desarrollo industrial alcanzado por varios de los Estados; las condiciones de transporte en las rutas de las diligencias; el estudio que se hace sobre las principales minas de oro y plata, los curiosos expedientes de que se valía el gobierno para subastar la mayor cantidad posible de títulos de la deuda pública, etc., etc. La profusión de mapas e ilustraciones, admirablemente elegidos, aumenta muchísimo el placer del lector y hace más comprensible la materia.

Las interpretaciones en cuanto a las causas y efectos de las condiciones y dificultades económicas de México están presentadas en forma sucinta e imparcial. Una y otra vez se insiste en la falta de medios adecuados de transporte y en la escasez de vías de comunicación, señalando esta circunstancia como la causa principal de los males económicos de México y como la explicación básica del "tortuguismo" en el desarrollo de un mercado, una industria y un sistema nacional de ingresos. Quizá se haga demasiado hincapié en este factor, con

menoscabo de otras "causas" más importantes, pero es innegable que la situación de los transportes mexicanos domina el escenario económico durante el período que se estudia —las opiniones contemporáneas apoyan de manera abrumadora esta teoría—, y su importancia sigue apreciándose todavía hoy.

Una de las cualidades de la *Vida económica* sólo puede apreciarse si se ha leído el primer tomo, que estudia la *Vida política* de 1867 a 1876. Nos referimos a la falta de repeticiones, duplicaciones e interferencias en el contenido de ambos volúmenes, y esto a pesar de que, inevitablemente, los dos tocan aspectos políticos y económicos. Por el contrario, cada uno de los autores, Cosío Villegas en el primer tomo, y Calderón en el que ahora comentamos, ha sabido ver adecuadamente en dónde estaba la línea divisoria y cuáles son los temas en que debía insistir. De hecho, el segundo volumen viene a constituir un poderoso apoyo económico de las interpretaciones políticas del primero; y, a su vez, la *Vida económica* produce un efecto mucho más impresionante cuando se lee en relación con la *Vida política*. Por ejemplo, la independencia del Congreso frente al Ejecutivo —tema de capital importancia en el primero de los volúmenes de esta *Historia moderna de México*— queda demostrado y corroborado, en el segundo, a través de las discusiones del Congreso acerca de las concesiones ferrocarrileras, las reformas fiscales de Matías Romero, los presupuestos, las tarifas arancelarias, la cuestión de la Zona Libre, la aprobación del contrato de la compañía del Ferrocarril Mexicano y otros aspectos económicos. También se pone de manifiesto, aunque en menor grado que en la *Vida política*, la absoluta libertad de que gozaba la prensa bajo la República Restaurada.

En opinión de quien esto escribe, los dos defectos más importantes de la *Vida económica* son errores de omisión y no de comisión. Si se hubiera salvado la primera de estas omisiones, habría quedado automáticamente remediada la segunda. A pesar de su título, el volumen escrito por el señor Calderón es más exactamente un panorama de la vida

económica desde el punto de vista del gobierno federal y de los gobiernos de los Estados. La *vida* económica privada —el individuo, la compañía, la sociedad, las casas comerciales e industriales, la situación de la Iglesia después de la confiscación de sus propiedades raíces, las dimensiones, características e integración de las distintas clases económicas, los precios pagados por el consumidor, los sueldos y salarios, las condiciones del trabajo—, todas estas cosas se tratan sólo en forma incidental o únicamente en su relación con el gobierno del país. Sin duda se hablará de las distintas clases económicas, en cuanto factores sociales, en el volumen tercero (*Vida social*); pero es difícil entender por qué no se creyó adecuado tratar este aspecto en el segundo. Las fuentes de información son muy limitadas, en eso todos estamos de acuerdo; sin embargo, el lector habría tenido un cuadro más equilibrado del México económico de la época si, por ejemplo, se le hubiera dicho algo acerca de los grandes terratenientes y sus propiedades, de la clase en embrión constituida por los hombres de empresa medianos, como Camacho, los Escandón, De la Torre y otros, de los orígenes y magnitud de su riqueza, de los capitales y las operaciones de las grandes casas comerciales y financieras y de las escalas de sueldos y salarios. Si después de la Primera parte, y como consecuencia lógica de ella, se hubiera dicho algo sobre temas parecidos, serían mucho más valiosos los excelentes datos estadísticos reunidos por el señor Calderón. Esto le habría dado al lector una guía acerca del verdadero valor del dinero que circulaba en la época, ayudándolo a apreciar los tremendos cambios que este valor ha sufrido en épocas posteriores. En efecto, para un mexicano de hoy, acostumbrado a ver un presupuesto anual que pasa de cinco mil millones de pesos, es muy difícil entender con exactitud por qué los Congresos de 1867 a 1876 aprobaban un presupuesto anual de egresos de apenas quince o veinte millones de pesos. En mayor o menor medida, otro tanto puede decirse de los temas relacionados con la moneda.

El volumen II de la *Historia moderna de México* es una segunda extraordinaria contribución de esta magnífica em-

presa a la historia mexicana, coordinada en grado perfecto con el volumen inicial. Sin duda ocupará un lugar de primera importancia entre los libros fundamentales de la historia económica de México, como necesario punto de partida para los futuros investigadores que se especialicen en temas económicos nacionales o regionales. No es ninguna ponderación decir que el libro de don Francisco R. Calderón se suma dignamente a otros estudios de su especie, puesto que estos estudios se pueden contar con los dedos de la mano. Como dice don Daniel Cosío Villegas en la "Segunda llamada particular", tiene también importancia porque ayuda a comprender los problemas y el desarrollo de la economía mexicana actual, particularmente en lo que se refiere a los programas oficiales de industrialización, obras públicas y seguridad social. Además, el libro se señala por ser obra de rara amabilidad, interesante y de grata lectura.